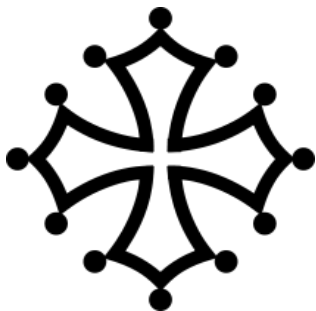


Homosexualidad, Cristianismo y Herejía en Europa



*Lesbianas y maricas al margen de la
Iglesia en la Edad Media*

La consciencia de una memoria histórica pasada de tiempos en los que la historiografía oficial sigue negando que existiera algo al margen de la heterosexualidad es una herramienta para dar consistencia y fuerza a nuestras ideas de liberación sexual y mantener nuestras comunidades radicales de disidentes sexuales contra el sistema vigente como ya las hubo en la tan denostada época medieval. El siguiente texto es el capítulo “Herejes: Lesbianas y Maricas y hermanos del Libre Espíritu” del libro *Brujería y Contracultura Gay* (pp. 123-142) que el militante gay Arthur Evans escribió en 1978 con objetivos similares, y que ha sido recientemente reeditado en EEUU por Feral Death Coven y en castellano por Distri Josep Gardenyes y Consell Editorial Laberint. Lo precede un capítulo sobre la deriva homófoba europea desde el proselitismo gay de celtas y algunos pueblos griegos hasta la prohibición y persecución por el Imperio Romano. Lo sigue un capítulo sobre la represión que la Iglesia ejerció sobre las disidencias que se describen a continuación, desacreditadas como “herejías”, utilizando tribunales especiales como la Inquisición o mediante invasiones militares vendidas como “Cruzadas”. Desde la derrota definitiva de los cátaros en el siglo XIII, ningún territorio europeo ha albergado una sociedad que haya visto con tan buenos ojos la disidencia sexual, incluyendo la de nuestro tiempo, que la que se levantó en la Occitania de entonces. La imposición de la doctrina papal y de los reinos europeos aliados quemó mujeres, homosexuales y travestis, y les sumió en un letargo histórico del que no empezaron a intentar liberarse como colectivo hasta finales del siglo XIX y a nivel generalizado tras el tercer cuarto del siglo XX. Para comprender mejor cómo se pasó del homófilo paganismo rural a la homofobia social tardomedieval y actual, es recomendable hacerse con este libro o buscarlo en alguna biblioteca autogestionada, y empaparse de su interesante contenido.



Distribuidora Peligrosidad Social. Villa de Madrid, agosto de 2015. Fotocopia y difunde.

<https://distribuidorapeligrosidadsocial.wordpress.com>
distribuidorapeligrosidadsocial@riseup.net

La cristiandad no siempre estuvo bien definida. La doctrina establecida por la Iglesia actual era, originalmente, tan solo una de las muchas visiones que competían entre sí. Prevalió porque se vio favorecida por el interés de los gobernantes de la época. Todas las demás concepciones fueron reprimidas. Entre las primeras visiones que se reprimieron había movimientos populares que trataban de combinar el paganismo con el Nuevo Testamento. El ejemplo más famoso, el gnosticismo, emergió en el siglo I en Asia Menor (Turquía occidental). Los gnósticos creían que el conocimiento logrado a través de la experiencia mística personal (*gnosis*) era más importante que los dogmas de fe (*pistis*) (Vanggaard 150; Obolensky, 3; Runciman, 7). En la tradición de la Gran Madre, muchos gnósticos creían en una diosa: Helena, Barbelo, Silencio o Sabiduría (Quispel, 73-74). Los gnósticos generalmente creían que las cosas de este mundo y del mundo mismo eran malas. Muchos rechazaban a Jehová el Creador como un demonio malvado.

Los gnósticos eran ascéticos, de una manera que resulta difícil de entender para la modernidad. Creían en la negación de este mundo y la purificación de uno mismo, pero a veces practicaban la satisfacción sexual como un medio para la purificación. En ocasiones parecían creer que la mejor manera de trascender la “maldad” era experimentarla. Eran sensibles al ascetismo pagano, que a diferencia del cristiano, incluía *tanto* la autosatisfacción como la autonegación. Por ejemplo, los ritos antiguos de la Gran Madre que comprendían orgías sexuales, eran incluso presididos por sacerdotes célibes. Puesto que rechazaban al dios del Antiguo Testamento, los gnósticos simpatizaban con las víctimas de la ira de ese Dios. “Surgieron sectas que rendían reverencia a Caín, a los sodomitas y a los egipcios” (Runciman, 10).

Aparecieron ritos sexuales orgiásticos entre algunos gnósticos y escandalizaron a los cristianos tradicionales. Las autoridades romanas utilizaron estas prácticas para desacreditar al conjunto de la cristiandad. Los cristianos tradicionales, en consecuencia, condenaron a los gnósticos a negar toda conexión con ellos. En el 177 d.C. Ireneo, un misionero de los celtas, condenó a un grupo de gnósticos por su promiscuidad. En el siglo III, el obispo Clemente de Alejandría denunció a los gnósticos por celebrar orgías, como hiciera el historiador Eusebius (Cohn, *Los demonios familiares de Europa*, 9; Benko, 113).

Un relato de dichas prácticas que brindaba Epifanio, un monje del siglo IV que había sido gnóstico, afirmaba que los hombres y las mujeres tenían sexo en común y que veneraban el semen y la sangre menstrual como el cuerpo y la sangre de Cristo, respectivamente (Benko, 110). Según Epifanio, los gnósticos creían en el placer sexual, pero no en la procreación, porque el nacimiento dividía el alma y el mundo. La salvación consistía en reunirse y volver a Barbelo, la Gran Madre, por medio de ritos sexuales comunales (Benko, 110; 117-118). Muchos historiadores creen que el informe sexual de Epifanio era falso (Cohn, *ibid.*, 9). A pesar de que, por lo general, sí se admite su fiabilidad en lo referente a otros aspectos de la fe gnóstica (Benko, 111).

En el 242 d.C., un gnóstico mesopotámico llamado Mani, empezó a enseñar que los creyentes gnósticos se dividían en dos categorías: los líderes (o electos) y los seguidores (u oyentes) (Runciman, 15). Tanto los hombres como las mujeres eran líderes en la religión de Mani, en contraste con la cristiandad tradicional, que prohibió que las mujeres fueran sacerdotes. También se prohibía a los líderes poseer riquezas personales, al contrario que la cristiandad tradicional, formada por ricos sacerdotes y obispos. Mani creía en un dios bueno y en un dios malo (Jehová). La salvación significaba escapar del control de Jehová y renunciar a toda posesión material y poder terrenal, incluso por parte de la Iglesia. La religión de Mani se difundió velozmente y se convirtió, bajo el nombre de maniqueísmo (o maniqueísmo), en un serio rival para la cristiandad tradicional. San Agustín, más tarde obispo de Hipona, fue maniqueo durante nueve años, antes de convertirse al cristianismo. Acusó a los líderes maniqueos de libertinaje, y afirmó que ésta era la razón de su conversión (Cohn, *ibid.*, 17). Más tarde, los autores cristianos tildarían de “maniqueo” a todo movimiento popular, siempre que presentara la creencia en más de un dios, un prominente papel de liderazgo femenino y un sentido pagano del ascetismo.

En el siglo IV tardío, apareció un tipo maniqueo de herejía (conocido como masalianismo) en Siria y Asia Menor. Los masalianistas (o mesalianos) eran cristianos gnósticos cuyos líderes eran tanto mujeres como hombres (Runciman, 23). Creían que el período de estricta autonegación era necesario para alcanzar un estado purificado, y al llegar a este punto el pecado ya no era posible. Una vez llegado a ese estado, los creyentes ya no requerían de la autonegación y podían

participar en cualquier acto sexual exentos de pecado (Obolensky, 50). “Las doctrinas mesalianas eran la expresión extrema del deseo por comprender la revelación mística a través de la experiencia sensual (Loos, 72). En el siglo X, las creencias masalianas gradualmente con el bogomilismo, una herejía llamada así por la existencia de un sacerdote llamado Bogomil. Los bogomiles creían en dos dioses, rechazaban la jerarquía de la Iglesia y predicaban la resistencia pasiva frente a la autoridad del gobierno (Loos, 53-56; Runciman, 74-75; Obolensky, 126). Al principio eran estrictamente puritanos, pero con el tiempo fueron acercándose a los mesalianos. “Bajo la creciente influencia del masalianismo, los bogomiles perdieron totalmente su reputación como puritanos y se les vinculó con la forma más extrema de indulgencia sexual” (Obolensky, 251). Ambos grupos fueron perseguidos por los cristianos tradicionales.

Bajo el calor de la persecución, los bogomiles se aliaron con las masas de Bulgaria, donde el paganismo aún era potente. Boris, el rey, no se convirtió al cristianismo hasta el 824 d.C. (Loos, 41). Su intento por imponer el cristianismo al pueblo resultó en una guerra civil en la que venció y dejó ciego a su hijo, que era miembro de la rebelión pagana. “El pueblo llano de Bulgaria, que estaba obstinadamente vinculado con sus propias costumbres de culto, sentía un amargo resentimiento” hacia Boris y sus sucesores cristianos (Loos, 42). Los bogomiles entraron en política “abrazando la causa de los siervos contra sus amos, de los oprimidos contra los opresores” (Obolensky, 141).

Algunos historiadores han negado que los eróticos masalianos tuvieran ninguna conexión con los bogomiles. Éstos han creído que la palabra “masaliano” no se refería a ninguna herejía en realidad, sino que se utilizaba como un término general para insultar a los bogomiles (Cohn, *ibid.*, ota 18). Pero las evidencias muestran que el término tenía un significado técnico bien definido. Aparece repetidamente desde el primer momento en los relatos del bogomilismo. Es empleado de este modo por Teofilacto, patriarca de Constantinopla, en el 950 d.C.; por Cosmas, el sacerdote, alrededor del 969; por el teólogo Eutimio Zibageno alrededor del 1100; por Anna Comnena, hija del emperador de Bizancio, en el 1148 y por el cabildo de Tirnovo en el 1211. Ana Comnena escribió:

A mi modo de ver, ahora se funden entre sí dos doctrinas muy malas y despreciables que llegaron a ser conocidas en tiempos pasados: la impiedad, como se la puede llamar, de los maniqueos, que también llamamos la herejía pauliciana, y la desvergüenza de los masalianos. Ésta era la doctrina de los bogomiles, compuesta por los masalianos y los maniqueos (Anna Comnena, 412).

En los albores del siglo XIV, cuando la influencia masaliana estaba en su mejor momento, un monje bogomil llamado Lázaro apareció en Tirnovo, la capital de Bulgaria. Defendía el nudismo y la libertad sexual como formas de salvación. Fue detenido, pero se negó a retractarse, y en consecuencia lo marcaron con un hierro candente en la cara y lo condenaron al exilio (Runciman, 97). Otro bogomil, Teodosio, defendía el sexo orgiástico, pero no se registró su destino. La mayoría de bogomiles no compartían estas ideas, pero constituyen un ejemplo de hasta dónde podían conducir las enseñanzas bogomiles. Los bogomiles eran vegetarianos estrictos, rechazaban todo alimento que hubiera sido creado como resultado de una relación sexual hetero. Como en el caso de los masalianos, las mujeres ocupaban cargos prominentes de liderazgo (Loos, 53-59; Obolensky, 117, 140). En el siglo XI, las prácticas y enseñanzas bogomiles habían surgido en Bulgari y se transmitieron rápidamente por Europa. En el oeste, a estos herejes se les conoció como “cátaros”, del griego *katharoi*, que significa “los purificados”. Pasados cien años, los cátaros se las ingenieron para organizar una iglesia rival, crear una civilización alternativa en el sur de Francia y montar ejércitos en su nombre.

A partir de su primera aparición en el oeste de Europa, los cátaros se asociaban con la práctica del sexo ritual. Un ejemplo temprano de lo que era probablemente la herejía catarista apareció en Orleans, Francia, en 1022. Según éste, que es el relato más temprano del que se dispone:

Adoraban al demonio, que primero se les apareció como un etíope [esto es, un hombre negro], y después, como un ángel de luz, y que diariamente les traía mucho dinero. En obediencia a sus obras, en privado rechazaban completamente a Cristo y practicaban en secreto abominaciones y crímenes de los que es vergonzoso hasta hablar, mientras que en público fingían ser verdaderos cristianos (Wakefield y Evans, 75).

Un relato posterior de uno de sus participantes, relataba tras su

detención que a los creyentes se les ofrecía “comida celestial” y se les decía que “verás a menudo con nosotros visiones angélicas, en las que podrás apoyarte como consuelo y podrás visitar cualquier lugar que desees de inmediato y sin dificultad” (Wakefield y Evans, 78). El informe decía que se encontraron en secreto en cierta casa hasta que un demonio descendió en forma de un animal, y entonces las luces se apagaron y hubo una orgía.

La mayoría de los historiadores consideran estos registros tempranos o bien como patológicas fantasías o bien como estereotipos empleados por la Iglesia para perjudicar a los disidentes (Lerner, 34; Cohn, *ibid.*, 20). Pero la primera interpretación ignora las evidencias de folklore, y la segunda ignora el hecho de que tales estereotipos no fueron utilizados ampliamente por la Iglesia hasta el siglo XIII.

Estos cambios tempranos tienen cierto sentido si los tomamos en consideración dentro del contexto de la herejía, del paganismo y del folklore. Los celtas veneraban a un dios negro cornudo, a quienes más tarde los cristianos identificaron con el diablo. Los herejes en cuestión florecieron en Orleans, en aquel tiempo parte de la Galia celta, mientras que las tradiciones antiguas persistieron hasta los tiempos de Juana de Arco (la Doncella de Orleans). A lo largo de la Edad Media, los autores de la Iglesia condenaron continuamente el acto de vestirse como animales durante los rituales campesinos. Hasta el siglo XX, los campesinos portugueses se vestían con pieles de gato para realizar danzas rituales (Alford y Gallop, 356). En las religiones chamanistas a menudo el sacerdote se vestían como el dios animal a quien se invocaba.

Se decía que el alimento celestial de los herejes brindaba el consuelo angélico. El único sacramento que fue atribuido posteriormente a los famosos cátaros fue el *consolamentum* (“consuelo”), que sus líderes, que se consideraba que poseían el alma de un ángel, debían administrar. Como sucede con las acusaciones de infanticidio, la Iglesia católica siempre ha afirmado que quienes realizan abortos están cometiendo asesinato. Las mujeres a quienes más tarde se acusó de brujería eran a menudo abortistas. En épocas paganas, el niño recién nacido no se consideraba como una persona hasta que la madre (o la familia) lo aceptaba formalmente. Si el niño estaba deformado, o simplemente no había sido deseado, era asesinado o abandonado a la intemperie. Entre

los pueblos naturales, esta actitud hacia el recién nacido es la regla general, que se observa también ampliamente difundida entre los animales, que abandonan, asesinan o incluso se comen a los pequeños no deseados. Es probable que los herejes en Orleans realizasen algún rito de aborto, sobre todo teniendo en cuenta que los cátaros consideraban el dar a luz como un grave pecado.

Mucho antes de que la Inquisición creara sus estereotipos, los cátaros tenían la reputación de tener una actitud de tolerancia hacia el lesbianismo y la homosexualidad masculina. En 114, el abad francés Guiberto de Nogent escribió sobre dos hermanos, Clement y Evrard, a quienes conocía personalmente. Dijo que eran unos herejes que tuvieron muchos seguidores entre los campesinos locales de Bucy-le-Long:

Condenan el matrimonio y el acto de engendrar hijos a través de las relaciones sexuales. Y sin duda, allí donde se han diseminado, por el mundo latino, se les puede observar viviendo con mujeres pero no bajo el nombre de marido y mujer, sino que se sabe que los hombres están con hombres y las mujeres con mujeres; entre ellos es inmoral que los hombres aborden a las mujeres (Wakefield y Evans, 103).

Los seguidores de Clement y Evrard fueron acusados de celebrar orgías en las celdas y de asesinar a todas las criaturas que nacían de dichas uniones (Wakefield y Evans, 103). Durante un juicio ante el obispo de Soissons, uno de los hermanos confesó, pero se negó a arrepentirse, mientras que el otro hermano negó las acusaciones, Ambos fueron mandados a la hoguera.

Las acusaciones de lesbianismo y homosexualidad masculina lanzadas contra los cátaros se convirtieron en rutina. “Ésta, la primera alegación explícita de homosexualidad, también se convirtió en un lugar común en los juicios posteriores. Una vez tras otra aparecen variaciones en las expresiones *vir cum viris* [el hombre con hombres] y *femina cum feminis* [la mujer con mujeres]” (Russell, 95). La palabra utilizada para designar a un “cátaro” en la mayoría de las lenguas de Europa llegó a ser el mismo término empleado para homosexual: en alemán, *ketzer*, en italiano, *gazarro* y en francés, *herite*. En varias lenguas, la palabra empleada para referirse al bulgarianismo (la herejía que se originó en Bulgaria) también llegó a significar “homosexual: italiano, *bulgaro*;

francés, *bougre* e inglés *bugger* (Russell, 238-239)¹. La herejía y la homosexualidad se volvieron tan intercambiables que quienes eran acusados de herejía trataban de demostrar su inocencia reafirmando su heterosexualidad. Un tejedor del siglo XIII acusado de herejía replicó: “Señores, ¡escuchadme! No soy hereje, ya que tengo una esposa y duermo con ella. Tengo hijos”. (Wakefield, 213). Cuando el pueblo de Toulouse se rebeló contra los cazadores de herejes dominicos, “la queja que elevaron era que éstos estaban acusando injustamente de herejía a decentes hombres casados” (Wakefield, 213).

La mera sospecha de homosexualidad era suficiente para condenar a una persona por herejía, aunque no se supiera si la persona creía o enseñaba ninguna doctrina herética. En 1381, se pensó que un mendigo, alemán y epiléptico llamado Hermano Hans tenía poderes mágicos. Al ser detenido y torturado por la Inquisición, confesó que era un “pervertidor de chicos jóvenes” (Lerner, 145). Por consiguiente, lo quemaron bajo la sentencia de herejía aun cuando no había estado implicada en ello ninguna disputa doctrinal.

Dado que a menudo ambas palabras llegaron a significar tanto “herejía” como “homosexualidad”, a veces tenemos problemas para saber exactamente a qué hacen referencia los códigos legales de la época. En 12672 las leyes de Orleans, de Anjou y de Marne estipulaban que se enviaría a la hoguera a cualquiera que fuera culpable de *bougerie*. Los historiadores aún debaten si se refiere a la homosexualidad o a ambas cosas (Bailey, 141-142). Como resultado de esta confusión, la orientación sexual de una persona se convirtió en una prueba de la ortodoxia religiosa y la lealtad política. “La herejía se volvió un concepto sexual más que doctrinal; decir que un hombre era hereje quería decir que era homosexual y viceversa” (Taylor, 131).

Los historiadores hetero raramente creen que las acusaciones que se lanzaron en la época vinculando a los cátaros con la sexualidad homosexual sean ciertas. Pero su homofobia, que influye en el modo en que abordan las evidencias, se revela en el propio lenguaje que emplean. Una conocida historiadora medieval llama a las lesbianas “pervertidas”, mientras que otro historiador tilda a los actos sexuales gays y lésbicos de “sucias aberraciones sexuales” (Lerner, 119; Wakefield, 41).

¹Tiene el mismo origen la palabra castellana *bujarra*. [Nota editorial]

Hay una buena razón para aceptar la vinculación entre el catarismo y el sexo homosexual: la especial visión de los cátaros respecto a la moral. Los cátaros no creían en el infierno, en el purgatorio ni en la condenación, pero como muchos otros pueblos antiguos, sí creían en la reencarnación. Para ellos, las almas siguen renaciendo como animales o seres humanos hasta que escapan del ciclo de la vida. Llegará un momento en el que todas las almas habrán escapado, y ninguna estará condenada. Los cátaros sostenían que sólo había un pecado; éste es produjo cuando los ángeles, conducidos por el dios malo, Jehová, se rebelaron y fueron destronados del cielo (Borst, 175; Loos, 140). Estos ángeles se convirtieron en almas humanas rebajadas a la materia, de modo que renacen continuamente. Sólo cuando recuperen su angélico estado original, a través de una completa renuncia del mundo, escaparán del ciclo de renacimiento y volverán al buen Dios.

Los cátaros creían que sólo una diminuta minoría era capaz de llegar a ese estado angélico. Estos eran los *chatari*, los “perfectos”. Llevaban una vida completamente ascética y eran venerados como ángeles. Había sólo una manera de convertirse en un perfecto: a través del rito de iniciación llamado *consolamentum* (“consolación”), que era una imposición de manos. Una vez recibido este sacramento, se esperaba de los perfectos que vivieran una vida de estricta autonegación (Loos, 142). Es por eso que los cátaros solían arreglárselas para recibir el rito justo antes de su muerte (Wakefield, 36). La mayoría de cátaros no habían pasado por el *consolamentum* y vivían rigiéndose con un código moral diferente respecto al de los perfectos. No tenía sentido para ellos hacer penitencia, practicar el ascetismo o confesarse. Y, de hecho, los cátaros rechazaban todos los sacramentos de la Iglesia, incluida la penitencia. Lo único que realmente contaba era conseguir el *consolamentum* antes de la muerte, y sólo *entonces* llevar una vida totalmente ascética.

Los perfectos temían la procreación, dado que haría que otra alma angélica quedara atrapada en la materia. El sexo no debía conducir al nacimiento. El lesbianismo y la homosexualidad masculina eran, así pues, formas seguras de practicar el sexo, si es que había que practicarlo. “En tanto que no conducía a la concepción de niños, consideraban como algo positivo fomentar esa relación sexual, o al menos no desalentar su práctica; todo lo contrario de lo que sostenía la visión católica”. (Runciman, 152).

A pesar de que los líderes cátaros eran austeros, muchos seguidores creían que hasta que recibieran el *consolamentum*, los actos sexuales que no implicasen el riesgo de inducir el nacimiento de otra criatura eran permisibles (Borst, 182). Muchos de ellos les contaron a los inquisidores cristianos en Toulouse y Turín que no pensaban que la homosexualidad fuera pecado (Borst, 182). “Incluso quienes eran más hostiles en relación a los últimos bogomiles y cátaros declaraban que los iniciados llevaban, a nivel personal, unas vidas sin tacha pero que ellos mismos se entregaban a una vida de suma inmoralidad y parecían animar a los creyentes a hacer lo mismo” (Runciman, 176).

Los cátaros además eran vegetarianos estrictos. Se negaban a comer carne, huevos, queso o cualquier producto láctico (Wakefield, 38). Y es que consideraban los animales como almas reencarnadas, de modo que matar a un animal para comérselo era equivalente a matar a un ser humano. Además, la procreación – incluso en el mundo animal – era obra del dios malo. Como en el caso de los bogomiles, las mujeres jugaban un papel importante entre los cátaros. Se consideraba que los hombres y las mujeres eran iguales: muchas mujeres llegaron a ser líderes cátaras. Las mujeres cátaras también luchaban en la batalla. Fue una mujer que manejaba la catapulta quien mató a Simon de Monfort, líder del ejército católico que atacó a los cátaros en el sur de Francia. El catarismo desdeñaba la institución del matrimonio, como algo que no era mejor que la prostitución (Wakefield, 33). El catarismo se mostraba tolerante hacia otras religiones. Las áreas controladas por los cátaros estaban entre los lugares más seguros para los judíos. En el sur de Francia, una fusión entre el pensamiento cátaro y judío produjo la *Kabbala*, un libro del misticismo judío (Wakefield, 61). Los cátaros tenían una actitud de fomento de las artes. Las áreas cátaras de Francia fueron las primeras en las que se desarrolló la poesía trovadoresca, una poesía marcada por la sensualidad y la obscenidad (Briffault, 488; Wakefield, 56-57). Después de que se acabara con los cátaros, esta tradición continuó, a pesar de que lo hizo bajo una forma erótica menos abierta. Con el tiempo, tuvo un tremendo impacto en el desarrollo de la poesía occidental moderna. El catarismo era, esencialmente, una religión de las clases bajas y fueron tejedores quienes la difundieron de ciudad en ciudad. En 1157 dicho tejedores fueron condenados por predicar contra el matrimonio y practicar la promiscuidad (Runciman,

121; Russell, 128; Loos, 117; Cohn, *En pos del milenio*, 153).

Dada su íntima vinculación con las clases bajas, del catarismo surgieron algunas ramas paganas, que yo llamo “catarismo de izquierdas”. Algunos cátaros veneraban al sol como si fuera un dios. Entre 1176 y 1190, un hombre llamado Bonaccorso, un cátaro que se había convertido al catolicismo, dijo de algunos cátaros en Milán: Sostienen que el demonio mismo es el sol, y Eva la luna; y cada mes, dicen, cometen adulterio” (Wakefield y Evans, 173). Aquí al sol se le llama demonio, pero entre los cátaros el Demonio era considerado como un dios. En 1350, se registró que los herejes hablantes del armenio veneraban al sol (Russell, 93). Armenia era un conocido baluarte cátaro. Durante la guerra entre los cátaros y los católicos en Francia, los líderes cátaros se refugiaron en una fortaleza de la que se rumoreaba que era un templo pagano dedicado al sol (Wakefield, 173).

Entre algunos cátaros el dios malo llegó a tenerse en alta estima. Los herejes de Austria, Brandenburgo y Bohemia en los albores del siglo XIV fueron acusados de venerar a “*Lucifer*” (Russell, 177-179; Lerner, 25-26 y 30-31). La palabra Lucifer significa literalmente “el que lleva la luz” en latín, y esto se aplicaba en la antigüedad pagana al sol y a la estrella de la mañana (Venus). Entre los cristianos medievales, se empleaba como otro nombre para el diablo. Este uso surgió de la malinterpretación del *Libro de Isaías*, en el que el rey de Babilonia es comparado con la estrella de la mañana: “¡Cómo has caído de los cielos, Oh, estrella de la mañana, hijo del amanecer! (Libro de Isaías, 14:12). En la traducción latina de este pasaje, “estrella de la mañana” se convirtió en *Lucifer*, haciendo parecer, de forma falsa, que Isaías estaba hablando de cómo Satanás fue expulsado del cielo. A partir de este doble significado como el que lleva la luz y como demonio, la palabra *Lucifer* fue fácilmente usada para describir al dios de la veneración solar de los cátaros, ya que los cristianos consideraban que la veneración del sol era el culto al demonio.

Las prácticas de los cátaros de izquierdas desencadenaron frecuentes acusaciones por parte de los cristianos contra los cátaros: que celebraban orgías sexuales, mataban a niños (abortos) y veneraban a un demonio. Las acusaciones aparecieron antes de la creación de la Inquisición y continuaron durante épocas posteriores. Una buena muestra de éstas es una carta anónima de 1390 que describía a un grupo

llamado “Luciferanos”:

Primero veneran a Lucifer y creen que es el hermano de Dios, injustamente arrojado del cielo (...) le ofrecen en sacrificio a sus hijos (...) se reúnen en lugares clandestinos (...) se satisfacen en ansias promiscuas en abominables disipaciones (Lea, 206)

La creencia cátara de que el demonio era un dios – unida a la idea tradicional de que el Demonio rige todo lo concerniente al sexo – les conduciría, naturalmente, a rituales orgiásticos, especialmente a aquellos cátaros que permanecieron cercanos a las antiguas tradiciones paganas. Además, el sexo ritual era una parte del gnosticismo, que es la raíz histórica del catarismo. Y más tarde las herejías que se construyeron sobre el catarismo negaron la existencia de toda ley moral. Visto de este modo, el sexo ritual era parte de una duradera tradición herética.

En el siglo XIII surgió una nueva herejía. Las personas formaron grupos comunales independientes, tanto de hombres como de mujeres. Abandonaron todas sus propiedades (si es que tenían alguna) y viajaban por todo el país pidiendo pan. Rechazaban toda forma de regulación o control por parte de la Iglesia. Las mujeres eran conocidas como beguinas y los hombres como beghardos (y de ahí la palabra inglesa *beggar* [mendigo]). Dentro de algunas – aunque no todas – comunidades beguinas y beghardas, nació una herejía conocida como el Libre Espíritu, que posteriormente adoptó una forma propia. Desde el primer momento, las beguinas, los beghardas y el Libre Espíritu fueron acusados de ser lesbianas y gays respectivamente (Lerner, 39, 70-71 y 117). En 1339, dos hombres – John y Albert de Brunn – se unieron a la orden dominica tras renunciar a su participación previa en el Libre Espíritu. Afirmaban que cuando eran Libres Espíritus no consideraban que ninguna pasión de la carne, incluida la sodomía, fuera pecaminosa (Lerner, 108-110). En 1367, un Libre Espíritu alemán, John de Ossmannstedt, fue interrogado por la Inquisición. Respondió con impaciencia sin ninguna coerción y declaró que quienes son verdaderamente libres “no pueden estar sujetos a ninguna autoridad” (Lerner, 136). Dijo que las personas deben actuar basándose en sus emociones sexuales, incluso si son incestuosas, y rechazó toda distinción entre santidad y placer, diciendo que “como sucede con los

sacramentos, un Libre Espíritu no necesita confesarse porque está libre de pecado y hasta jugar al ajedrez puede revelar a Dios en igual medida que la eucaristía si uno goza con ello, porque Dios se halla en el placer” (Lerner, 138). Los Libre Espíritu sostenían que “una de las marcas seguras del 'espíritu sutil' era, precisamente, la habilidad por satisfacerse en la promiscuidad sin temer a Dios o los escrúpulos de la conciencia”. Dado que Dios podía experimentarse a través del sexo, el acto sexual mismo asumió “un valor trascendental, casi místico” (Cohn, *En pos del milenio*, 189). Muchos académicos no se toman seriamente a los Libre Espíritu. Un historiador despacha a John de Ossmannstedt tratándolo de psicópata: “Hay personalidades que disfrutan siendo el centro de atención, de modo que dirán o harán lo que sea para seguir en el candelero. John podría corresponderse a este tipo, o bien puede que estuviera levemente trastornado” (Lerner, 138). Otros académicos les cuelgan a los Libre Espíritu la etiqueta de “aberrantes”, “megalómanos aberrantes”, “esquizofrénicos” y “nihilistas” (Cohn, *Ibid.*, 149, 151 y 185).

Los Libre Espíritu perduraron hasta el siglo XVII en Inglaterra, donde eran conocidos como Ranters. Uno de ellos, Abiezer Coppe, era miembro de un grupo llamado My One Flesh [Mi carne que es una]. A veces escribía extáticos pasajes espirituales repletos de imágenes gays:

Besos eternos, que han dado los ardientes cuadrigas, para montarme velozmente en el pecho de aquél a quien mi alma ama (su excelente Majestad, el Rey de la gloria). Donde he estado, donde he estado, abrazado, acogido y besado con los besos de su boca, cuyos amores son mejores que el vino, y he sido totalmente vencido con ellos allí, más allá de la expresión, más allá de la admiración. (Cohn, *Ibid.*, 370-371).

Coppe condenaba a las gentes de Sodoma no por su homosexualidad, sino porque ellos “llamaban Ángeles a los hombres, no veían más allá de la forma humana” (Cohn, *Ibid.*, 363). A pesar de que los Ranters apoyaron la revolución de Cromwell, cuando los revolucionarios llegaron al poder acabaron con ellos. En 1650, el Parlamento aprobó una ley que prohibía a los Ranters defender ciertos tipos de acciones humanas, incluyendo la sodomía, no fueran pecaminosas por sí mismas (Cohn, *Ibid.*, 326). Ésta no sería la única ocasión en la historia en la que los defensores de la libertad sexual apoyaban una causa revolucionaria

para después ser silenciados, tras su llegada al poder, por los propios revolucionarios.

Llegado el siglo XIV, algunos Libre Espiritu llegaron a la conclusión de que la propiedad privada era tan contraria a la justicia como lo era la Iglesia a la verdadera religión (Cohn, *Ibid.*, 193). En 1317, John de Durbheim, el obispo de Estrasburgo, inició una persecución contra los Libre Espiritu, acusándoles de urgir a los pobres a robar a los ricos, aduciendo que toda la propiedad debería ser compartida (Lerner, 86). Los líderes protestantes no estaban menos molestos por el vínculo entre los Libre Espiritu y las clases bajas. En 1525, Martin Lutero condenó al analfabeto Libre Espiritu Loy Pruystinck de Antwerp por su íntima asociación con ladrones, prostitutas, mendigos y trabajadores del artesanado. (Cohn, *Ibid.*, 177-178). Muchos Libre Espiritu llegaron a la conclusión de que sólo los pobres podían llegar a ellos, y “apostólico” se convirtió en sinónimo de “pobre” (Cohn, *Ibid.*, 162). Abeizer Coppe ponía en boca de su dios las siguientes palabras: “Y mientras viva, voy a hostigar tu honor, pompa, grandeza y superfluidad y la convertiré en paridad, igualdad y comunidad” (Cohn, *Ibid.*, 361).

Ha existido una continua tradición de rebelión dentro del propio cristianismo, influid por el paganismo. Esta tradición incluye el gnosticismo, el maniqueísmo, el masalianismo, el bogomilismo, el catarismo, el Libre Espiritu y otros movimientos que dentro del restringido marco del cristianismo tradicional se han denominado “herejías”. En muchos casos en los que aparecieron, estos movimientos desplegaron cinco importantes rasgos: 1) la creencia en más de una deidad; 2) la presencia de mujeres en prominentes papeles de liderazgo; 3) un sentido pagano del ascetismo, que ha incluido tanto la autonegación como la autosatisfacción; 4) hostilidad hacia la riqueza y el poder de la Iglesia; y 5) una tolerancia hacia el sexo homosexual. La fuerza subyacente que nutrió estas herejías fue el paganismo que había sobrevivido en las clases bajas. Pronto la Iglesia se movilizaría contra ese paganismo, llamándolo “brujería”.

Bibliografía

- Alford, Violet y Gallop, Rodney. "Traces of a Dianic Cult from Catalonia to Portugal". *Folk-Lore* 46, 1935, pp.350-361.
- Bailey, Derrick. (1975). *Homosexuality and de Western Christian Tradition*. Anchor.
- Benko, Stephen. "The Libertine Gnostic Sect of the Phibionites According to Epiphanius". *Vigilae Christianae* 21, 1967, pp. 103-119.
- Cohn, Norman. (1985). *En pos del milenio: revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*. Madrid, Alianza.
- Cohn, Norman. (1997). *Los demonios familiares de Europa*. Barcelona, Atalaya.
- Comnena, Anna.(1967). *Alexiad*. Nueva York, Barnes and Noble.
- Lea, Henry. (1939). *Materials towards a History of Witchcraft*. Philadelphia, Universidad de Pennsylvania.
- Lerner, Robert. (1972). *The Heresy of the Free Spirit*. Berkeley, Universidad de California.
- Loos, Milan. (1974). *Dualist Heresy in the Middle Ages*. The Hague, Martinius Nijhoff.
- Obolensky, Dmitri. (1948). *The bogomils*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Quispel, G. "Gnosticism and the New Testament". *Vigilae Christianae* 19, 1965, pp. 65-86.
- Runciman, Steven. (1989). *Los maniqueos de la Edad Media: un estudio de los herejes dualistas cristianos*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Russell, Jeffrey. (1972). *Witchcraft in the Middle Ages*. Ítaca, Universidad de Cornell.
- Taylor, G. Rattary. (1954). *Sex in History*. Nueva York, Vanguard.
- Vanggaard. (1972). *Thorkil, Phallos*. Nueva York, International University Press.
- Wakefield, Walter. (1974). *Heresy, Crusade and Inquisition in Suthern France*. Berkeley, Universidad de California-
- Wakefield, Walter y Evans, Austin. (1969). *Heresies of the High Middle Ages*. Nueva York, Universidad de Columbia